



## **Deconstrucciones**

**Noviembre 2010**

Si pudiera expresar algún precepto ético (pensado como lo que a uno guía) del placer de estar vivo, tendría que ser el del mismo placer. Mi duda gira en torno a la asociación que hacemos del placer con la felicidad, con lo sensorial, con lo carnal. ¿Por qué se siente así? Quizás nunca lo sabremos, pero quizás no importa; solo importa ese momento (no siempre tan breve) de regocijo. A veces y sólo a veces piensa uno, mirando (y estando uno en) las montañas de la sierra de Puebla, que pasamos la mayor parte de nuestra vida dormidos. Viejo cuento que gusta de aparecer en las bocas de la gente. Con el “estar dormido” referimos al hecho de sentir que valió la pena todo lo que hasta ese momento haya pasado, simplemente por la dicha del presente infinito, infinitamente efímero.

Dediquémonos entonces a relatar dicha experiencia. ¿De qué otra podríamos hablar realmente, honestamente? Y si nos viéramos exigidos a hablar del momento exacto en que estas letras se generan, tendríamos que hacer alusión al escape que mismo sistema procura a cada uno de nosotros al permitirnos a abrazar esa ilusión que llamamos personalidad.

Seamos un cálido viento en el pensado infierno vivido. Seamos un descanso en nuestra eterna carrera. Seámoslo porque así lo sentimos. Porque ya lo sentimos. Porque ha finalmente (r)egresado.

Suficiente daño le hacemos al mundo por el simple hecho de existir. Aquí y ahora. Suficiente afrenta a las afrentas de otros. En ese sentido, ¿es acaso una autoafrenta? Si. De ahí el planteamiento de la recursividad contradictoria del ser. En donde retumban los ecos, los vapores sociales.

Contemplación, mera contemplación, sentarse a ver como sucede entonces la vida. Procuremos entonces no estorbar su camino con nuestras aburridas discusiones. Porque eso hacemos la mayor parte del tiempo. Discutir, los mejores momentos quizás no se hablen, quizás solo se vivan.

Desechemos entonces la experiencia de una vida. Dejemos de ser morales.